

## CRISTO, LA REALEZA Y EL PODER

El poder tiene muy mala prensa. Pensar en él es casi equivalente a pensar en manipulación, juego sucio, corrupción, enfrentamientos y opresión. Quizá sea ésta una de las consecuencias del pecado original: entendimos el poder desde el dominio y todo lo demás vino rodado.

Sin embargo, hay otra manera de vivirlo. Cristo nos ayuda a mirarlo como un don para la salvación del mundo. Pero, ¿de qué clase de poder nos habla? Detengámonos en alguna de sus dimensiones:

Por ejemplo en el *poder de la mirada*, aquel poder que sabe ver el fondo oculto de cada hombre donde vive la familiaridad común que a todos nos vincula: ¡podemos ver en el otro un hermano!. ¿Qué otra cosa si no aprendimos de la mirada de Cristo sino a mirarnos como hermanos? (1Jn 4, 7-21).

El *poder del tacto* que tiene facilidad para poner ternura en el amor o en el dolor con el contacto simple de la piel. ¿No se atrevió a tocar la podredumbre física y moral de los que caminaban escondidos? Y ¿no apareció así la alegría y la salud?

El *poder del oído* capaz de escuchar los gritos silenciosos de aquellos a los que se ha expulsado del mundo del bienestar, de los olvidados que no tienen voz. Desde siempre Dios tuvo este poder (Gn 4, 10; Ex 3, 7) que Cristo manifestó (Mc 10, 46-52).

El *poder de la imaginación* que utiliza los sueños como aliento de vida, como razones para comprender y comprometerse en la transformación de la realidad sabiendo que puede llegar a ser distinta. ¿qué son si no las parábolas?.

El *poder de la paciencia* que rescata cada día del embrujo del “todo y ahora mismo” que nos hace intransigentes hasta con nosotros mismos. ¿No caminó Cristo con unos discípulos tardos para comprender, sembrando, trabajando pacientemente su tierra para que llegaran algún día a la verdadera fe?. El *poder de la perseverancia* que consigue vencer a la desesperación, incluso cuando entran en crisis las razones y se camina a ciegas. ¡Difícil perseverancia que atraviesa Getsemaní para expresar el amor invencible! (Mc 14, 32-42).

El *poder de la fidelidad* que no renuncia a la palabra dada aun en daño propio y inserta en el mundo la confianza en las personas. “¿Acaso puedo abandonarte Israel?, ¿no soy yo el que te hizo y te constituyó?” -dice el Señor-, y ¿acaso podrá olvidarnos aquel que fue fiel hasta la muerte e intercede desde entonces por nosotros (1J 2, 1-2).

El *poder del perdón* el único que vence al mal y a todos sus poderes y artimañas, porque no se deja vencer por la venganza ni la ira y permanece así inmune y libre para el bien. El poder sublime de Cristo sobre los reinos del mundo a los que abraza con su perdón crucificado. Ya nada ni nadie vencerá al amor (Rom 8, 31-39).

Éstos que hemos descrito son algunos de los poderes que Cristo ha dado a los sencillos para que junto a él salven el mundo. Éstos son los poderes de la gracia, de la alegría y de la vida. Por el bautismo participamos de la realeza de Cristo, de estos poderes suyo. ¡Cuanto poder en nuestras manos!. Por eso hemos de perder el miedo a nuestra pequeñez y a los *poderes del mundo* que tratan de robarnos la libertad. Con ellos el mundo camina hacia la vida... pero ¡cuánto trabajo cuesta comprender que los tenemos y cuánto más utilizarlos! Y quizá lo peor, también éstos se pueden corromper. Pongámonos a la vera de Cristo y sencillamente caminemos.